

China está lejos, tan lejos como nueve horas de vuelo pero por alguna razón me parece que está más lejos aún que otros países, como los del continente americano, aunque para llegar a alguno de ellos se necesiten hasta tres horas de vuelo más. Es posible que la diferente cultura y la magia de las leyendas contribuya a distanciar a los países. Los globos, los dragones de seda o de papel y los palacios de mil palacios, las cosas y las personas que aparecen y desaparecen, los laberintos, la aparente uniformidad de los pueblos y las gentes, las muchedumbres abigarradas y rodeadas de luces y ruido... Todo es distinto a lo que pasa en la Europa del clasicismo y la racionalidad.

En Pekín, cuando vas a comprar en un mercado o en una tienda, seguro que vas a poder llevarte lo que ibas buscando por el 15 % de lo que

sistirían el menor argumento, pero que entre brocados, sedas, papel, luces y pólvora son aceptados sin crítica por inteligencias que en otros entornos clamarían, al menos, de sorpresa.

En este "atrezzo", se mueven conceptos como solidaridad, esfuerzo, valor, comprensión, resultados, escenario, evolución, precio, nuevos tiempos y un sinfín de argumentaciones enlazadas como las cintas, la música y el confeti de una celebración.

De repente, uno repara en que, entre la multitud de racionios que se están manejando, aparecen cosas relacionadas con cuentas de explotación y comparaciones entre sectores dentro de la industria y uno tiene la sensación de que se tiene que abrir camino en un mundo de vapores que le embriagan para llegar a entender que, en el fondo, está metido en un lío, por decirlo suavemente. Le están pidiendo

Conversaciones en Pekín

Felipe González Abad / Director General de SAVIA Amadeus

te pedirán y, además, encontrarte con que el comerciante está feliz y también es posible que uno se esté llevando algo diferente a lo que quería comprar, aunque quizás no tan diferente.

Desgraciadamente, yo no sé hablar chino, pero estoy convencido de que una discusión con ellos debe de ser un placer no sólo intelectual, sino incluso estético, lleno de sorpresas y vericuetos coloridos, luminosos y ocultos. Por eso, cuando a uno le invitan a hacer un debate en China para hablar del futuro, uno no sabe resistirse, se desarma de cualquier convencionalismo occidental y acude con la ilusión de un neófito invitado a una ceremonia de la iniciación. Y tú, que eres racional y occidental y nada sofisticado, te sientes inmerso en un ambiente de oros, rojos y azules en el que la palabra "barroco" sólo es capaz de explicar la simplicidad de las líneas y resulta brillante ver cómo son capaces de preparar un ambiente relajado y abierto para que por él se deslicen las cuestiones y argumentos que en el mundo occidental no re-

do que convierta a su empresa o ayude a convertir el sector en una ONG de otras empresas y sectores y lo más fabuloso es que se lo están pidiendo de forma combinada los representantes de empresas y de sectores que, hasta hace nada, eran un ejemplo de desencuentro empresarial.

El neófito trata de explicarse qué es lo que está pasando y brucea entre la multitud para tratar de ver la ceremonia desde fuera. Es complicado: los dragones y comparsas del cortijo lo rodean, lo abrazan, lo atraen y es tan difícil salirse del ambiente... No sabe muy bien cómo, pero en un momento, en lugar de tratar de salirse de la celebración, consigue meterse dentro de ella, muy adentro, dentro del dragón y, de pronto, descubre que el lío en el que estaba era solo decorado, que los participantes no eran chinos, sino amigos suyos - unos buscando mayores beneficios y otros tratando de conseguir mayores cuotas de mercado- y, al final, se da cuenta de que de lo que unos y otros estaban hablando era de dinero. ■



F. González Abad